

BOLIVAR COMO MILITAR

GONZALO RESTREPO JARAMILLO



El patriotismo irreflexivo en las escuelas obnubila el criterio y crea la costumbre de exagerar los méritos de los propios y los defectos del enemigo, de suerte que las figuras históricas salen deformadas de los claustros. Muchos alumnos no tienen vida adelante la oportunidad de rectificar y naturalmente el error inicial acarrea equivocaciones de criterio, cuando es preciso comparar lo pasado con el presente.

El Libertador Bolívar es caso típico entre nosotros de esa bien intencionada deformación patriótica. Su genio indiscutible no necesita que tratemos de agrandarlo, atribuyéndole primacía en todos los campos. Sin embargo, muchos maestros lo presentan, militarmente hablando, como émulo de los mejores caudillos de la historia. En realidad, Bolívar fue ante todo genio político, dando a este vocablo su verdadera y nobilísima significación. Fue creado por Dios para padre, libertador y fundador de naciones. Tuvo para ello las condiciones necesarias, centralizadas en dos capitales: la fe en su destino y la inquebrantable voluntad de ejecutarlo. Nació para la libertad de América. Sus campañas militares, sus arengas, sus proyectos constitucionales, sus predicaciones políticas, su actividad asombrosa, su don de mando, su poder de seducción, se encaminaban al fin único de libertar el Hemisferio. Como ahora se suele

decir, todo lo vió y lo ejecutó en función de ese destino. Lo demás era secundario.

Fue militar sencillamente porque la actitud de España -muy lógica por cierto- hizo inevitable la guerra. En otro medio habría sido maquinador político, sin recurso a las armas. Habría movilizad multituds, convencido vacilantes, despertado gigantescas oleadas de pasión ciudadana. Pero se fue a los campamentos porque allí se decidía el problema político.

Como táctico no puede medirse con los grandes genios. No irrespetamos su memoria al anotar que fue especialista en sufrir derrotas. Soio que su genio se exaltaba en el fracaso y el hombre providencial volvía a la carga con mayor pujanza que antes del desastre. Sucre a quien el Coronel López llama en sus memorias "el infalible" le aventajaba y mucho en la conducción del combate. Sucre era la refexión cautelosa, la meditación pausada, Bolívar el impulso violento, el encendido entusiasmo. Boyacá es un rasgo de inspiración, Ayacucho una soberbia jugada de ajedrez. En Boyacá la posición donde se da la batalla no es escogida por sí misma, ni para pelear allí se tienen en cuenta las condiciones del terreno, sino únicamente la necesidad de cortar a Barrero las comunicaciones con Santafé. Lo mismo habría sido atajarlo en Ventaquemada o en Bonza, y tan poca

atención se prestó en aquellos días al terreno que el muy malo del Pantano de Vargas estuvo a punto de hacer fracasar la campaña. En cambio, en Ayacucho, Sucre supo muy bien donde peleaba y escogió el terreno, para jugar ventajosamente los lanzones de sus jinetes. Allí Córdoba podía dar con la mayor eficacia posible su admirable carga y la derrota del enemigo implicaba su destrucción, por la imposibilidad de retirarse. Las faldas del Cundurcunca eran la trampa cuya puerta dominaba Sucre desde la llanura. El Mariscal hizo culminar su dura y peligrosísima campaña andina en esa obra maestra.

Sin embargo, los desastres de la Puerta, del Rincón de los Toros, de la campaña de Maturín no disminuyen en nada el genio del Libertador. Nos obligan simplemente a colocarlo en su verdadera posición de genio político.

Porque la guerra ofrece dos aspectos: su concepción y su ejecución. En el primero domina la gran estrategia, en el segundo la táctica y Bolívar sí fue admirable estratega. Sucre, el táctico, peleó en Ayacucho porque Bolívar, el estratega, lo envió allí.

La guerra es el último recurso de la política y se hace para conseguir fines políticos, como lo dice Clausewitz. Para planearla bien es preciso comprender claramente esos fines y los medios adecuados para el triunfo. El estratega es el político que aplica a la campaña las grandes concepciones de conjunto. La batalla es solo un caso particular, un detalle. Gaugamela no es el choque accidental de las multitudes persas con la falange, sino la culminación material de la política que iniciada por Filipo encontró su planeamiento total y su concepción definitiva en la mente genial de Alejandro. Farsalia tuvo por parte de Julio César más de diez años de preparación política: Cannas fue prevista

por Aníbal desde España. Bonaparte al preparar la primera campaña de Italia, señaló en el mapa el sitio casi exacto de sus futuras batallas. Boyacá es la consecuencia lógica de la marcha de Bolívar desde los Llanos a la Nueva Granada y en ese pequeño combate de enorme importancia histórica estaban embrionariamente concebidas Carabobo, Pichincha y Ayacucho.

Las Campañas de Bolívar demuestran su genialidad como estratega, es decir su grandiosa concepción política.

La primera fue la que iniciada a orillas del Magdalena lo llevó triunfalmente a Caracas. El oficialito derrotado que llegó sin desanimarse a Cartagena, mostró los primeros resplandores de su grandeza y supo impresionar con ellano solo a los políticos de la costa sino al mismo don Camilo Torres, a cuya comprensión se debe lo que llamaríamos hoy el "descubrimiento" de Bolívar. La marcha sobre Caracas a través de los Valles de Cúcuta y los Andes venezolanos, demuestra que el pensamiento político de Bolívar había comprendido ya la unidad de la lucha contra España y madurado los gérmenes de la Gran Colombia. Bolívar pretendía hacer de las dos dependencias españolas, el Virreinato de la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela, una fuerte unidad de lucha, un bastión contra la reconquista. El planeamiento era perfecto y lo fue su primera ejecución. La empresa fracasó precisamente porque al estratega le faltaba capacidad táctica y Boves pudo superarlo en el campo de combate. El terrible asturiano, cruel sin duda, pero de indiscutible capacidad bélica, no solo sabía dirigir buenas batallas sino que tuvo el mérito de comprender el valor militar del llanero venezolano. Al conquistar el afecto de los terribles jinetes, Boves inclinó la balanza a su favor. La suerte

cambiaría más tarde cuando Páez lograra ganar para la república la invencible caballería de las gentes del Apure y el Orinoco.

A su regreso a Venezuela, después de sus andanzas por el Caribe, encontró Bolívar una situación muy distinta de la que había dejado cuando los desastres de Maturín. Los independientes habían logrado conquistar y mantener las orillas del Orinoco y una parte de los Llanos. Páez dominaba el escenario y a su lado estaban grandes guerreros como Mariño, el infortunado Piar, Cedeño, los Monagas y cierto oficial de poca categoría entonces, hijo de aristocrática familia de Cumaná, honesto, meditativo y tranquilo. Difícil habría sido anticipar en aquella época su brillante futuro: se llamaba Antonio José de Sucre.

En cambio los españoles, muy diestramente comandados por don Pablo Morillo, dominaban el resto de Venezuela y toda la Nueva Granada. Inferior en caballería a los patriotas, Morillo los dominaba indiscutiblemente en infantería y contaba para reponer sus cuadros con las grandes reservas humanas de lo que es hoy Colombia. Refuerzos peninsulares prácticamente no existían. El batallón Cachirí, por ejemplo que sostuvo heroicamente la línea española en la batalla de San Félix, estaba formado por colombianos, antiguos prisioneros de la derrota de ese nombre.

La guerra había llegado a una especie de equilibrio. Ni los independientes eran capaces de conquistar a Caracas, ni Morillo de dominar los Llanos. Los primeros al alejarse de la llanura, se estrellaban contra los batallones bien organizados, los segundos al alargar sus líneas de comunicación sufrían los agotadores ataques de los incoercibles llaneros. La tristemente célebre Puerta (Puerta del Lla-

no) parecería la frontera incambiable de los dos partidos.

Fue entonces cuando en Bolívar surgió nuevamente el estratega, cuando dió otra muestra de su formidable capacidad de comprender la situación general. Concibió la campaña sobre Nueva Granada. En vez de seguir empeñado en el forcejeo agotador contra Morillo, abandonó el teatro de la guerra y cuando nadie lo esperaba apareció con sus tropas famélicas pero indomables al otro lado de los Andes, en el corazón de la Nueva Granada. Había realizado una marcha comparable con el paso de los Alpes por Aníbal y desde que pisó tierras boyacenses empezó a conquistar los frutos de su audacia con el reclutamiento de los campesinos boyacenses que habían de suministrar el núcleo de la infantería patriota. Además, su llegada sembró el desconcierto en los realistas.

Estos se dieron cuenta cabal de la amenaza. Barreiro trató de conjurarla y la campaña que para él terminó trágicamente en Boyacá, lo demuestra. Los españoles comprendieron que si no destruían en sus principios la invasión, los patriotas se quedarían con el arsenal de la Nueva Granada.

Desde el punto de vista estrictamente militar, la de Boyacá fue una pequeña batalla, casi un tiroteo, pero su importancia histórica es tal que puede considerarse como la batalla decisiva de la independencia para Colombia, Venezuela, Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia, es decir como la genitora de esas repúblicas que han de cumplir importante papel a través de los siglos. El segundo Carabobo que libertó a Venezuela, Pichincha que redimió al Ecuador, Ayacucho que emancipó al Perú y a Bolivia fueron consecuencias lógicas de Boyacá. El

reducido escuadrón de jinetes que al atravesar el río y cortar a los españoles decidió la batalla, estaba realizando, sin saberlo, una acción tan importante como la carga de Alejandro sobre el ala izquierda de los persas en Gaugamela. Iniciaban una nueva época en la historia de la humanidad.

Quizás el primero, en comprender todo su significado fue Morillo, el más competente de los comandantes españoles. Sus actuaciones posteriores en Boyacá, tales como su conferencia de Santa Ana, la regularización de la guerra y su regreso a España, demuestran que se dió cuenta de que el juego estaba perdido definitivamente. Mientras Sámano huía como un conejo, Morillo pensaba como verdadero militar, y sacaba las deducciones lógicas de su pensamiento. En Boyacá no se había perdido la batalla sino la guerra.

Aparentemente, en Boyacá hubo pocas bajas. En realidad los muertos del Pantano de Vargas, los del paso de los Andes por el Páramo de Pisba y todos los que cayeron en la marcha de centenares de leguas empezada en los llanos de Venezuela, a lo largo de una ruta que fue el verdadero camino de la república, fueron muertos de Boyacá.

Si los realistas se sorprendieron por la grandiosa concepción de Bolívar y su afortunada realización, no fue menor el asombro de los patriotas. Basta leer las primeras páginas del Diario Político y Militar de don José Manuel Restrepo, quien se hallaba en Rionegro cuando llegaron las primeras vagas noticias de lo acontecido. El padre de nuestros historiadores no se explicaba cómo Bolívar había podido abandonar su línea de los Llanos.

Después de la victoria de Boyacá, llegó a su apogeo el genio estratégico de Bolívar. Con la campaña que culminó en Carabobo libertó a Venezuela, pero la que emprendió hacia el Sur y tuvo como jalones admirables a Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho fue ya de magnitud hemisférica. Allá cumplía la verdadera libertad del Nuevo Mundo e iniciaba un ciclo que a través de los siglos ha de aumentar la unidad espiritual de la América Latina. Y para dar a las generaciones futuras la medida de su verdadera magnitud, el pensamiento bolivariano del Congreso de Panamá se anticipó en más de un siglo a las más atrevidas concepciones modernas. América del Norte y América Latina tuvieron que caminar ciento cuarenta años para llegar en Punta del Este al sitio mismo adonde el genio de Bolívar había llegado mucho antes.

Coloquemos, pues, al Libertador en su posición verdadera y en el valor real de su genio. No como un Coronel de Estado Mayor, muy bien adiestrado, que mueve tranquilamente sus piezas de ajedrez en el reducido terreno del campo de batalla, sino como el vidente que comprende la esencia de la lucha, domina toda la extensión del panorama y calcula no solo el presente sino también el futuro. Bolívar estratega, a pesar de sus derrotas, vale más inmensamente más que todos sus tenientes y cualquiera de ellos, a pesar de su triunfos.

Tuvo, también, la virtud admirable que faltó a Lúculo y tuvieron Aníbal, César y Napoleón: La de conquistar la devoción casi fanática de sus soldados y de sus tenientes. Lúculo, aristocrático y soberbio, no pudo terminar la conquista del oriente porque sus tropas se negaron a seguirlo en el momento en que los políticos de Roma

conspiraban contra su mando; en cambio, Bolívar, regresa a Venezuela después de sus derrotas y los soberbios triunfadores que habían salvado la causa de la Independencia y se llamaban Páez, Cedeño, Monagas, Soubllette y cien más, refinados algunos como Urdaneta y salvajes y primitivos otros como el negro Camejo aceptan su autoridad y se someten a sus órdenes.

Refería el General Marceliano Vélez

que cuando era muy joven estuvo en Santa Marta en un almuerzo con Páez, quien derrotado en Venezuela marchaba al destierro en los Estados Unidos. Alguno de los comensales le preguntó: ¿Por qué, usted y sus compañeros que estaban triunfantes cuando regresó Bolívar se sometieron a sus órdenes?

Ah, contestó Páez, es que usted no sabe cómo lo miraba a uno Don Simón.

¡Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres semejantes, dividen a la América, ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para discutir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones”.

Bolívar. (La Carta de Jamaica).
Kingston, 6 de septiembre de 1815